

*GERMAN QUIROGA*

# Mariano Moreno

## Ciudadano de la Patria

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL  
CÍRCULO DE PERIODISTAS DE LA PRO-  
VINCIA DE BUENOS AIRES, EN EL ACTO  
CULTURAL REALIZADO POR EL "CEN-  
TRO DE EX-ALUMNOS DEL VIEJO CO-  
LEGIO NACIONAL DE LA PLATA" EL  
24 DE MAYO DE 1949.

**L A P L A T A**

*AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN*

**1950**



Señoras y Señores:

Las cartas credenciales que me otorga la bonhomía de Fausto J. Etcheverry para acreditar el honor de hablar ante vosotros, se inspiran más en los dictados de la generosidad que en las normas de la justicia. Agradezco, pues, con el énfasis de la gratitud el benévolo concepto del orador consagrado de la ciudad. Declino los términos de su expresión laudatoria, pero recojo la indulgencia de su intención personal, para incorporarla a la antología de los recuerdos que acompañan la aridez del sendero, de los estímulos que sin ser del todo ciertos, significan el linaje de una voz fraternal que en la marcha nos impulsa hacia adelante a seguir...

Señores ex-alumnos del viejo Colegio Nacional:

Mi generación os debe dos palabras. Permitidme que asuma su mandato tácito. Vosotros lleváis vuestros veinte años en algún lugar del corazón. Fúisteis también —tiempo ha— una cofradía del sueño y la esperanza... Ahora sois la madurez del optimismo, porque tenéis la gran juventud de creer en el porvenir... Os sé representantes de otro modo argentino de distinta prestancia, de atuendo aristocrático y manera versallesca. Si bien frisáis apenas edad discreta en el meridiano del hombre, alcanzáis a representar una pléyade de cepas viejas, como el vino generoso en razón de su origen y antigüedad. Sois, en fin, un pedazo de la vida que nos queda, mediata en el tiempo hacia atrás, como la voz de un siglo perdido en el fárrago de esta nueva vida...

Sois como los caminantes extraviados en el apuro de nuestra gran ciudad que ya no tiene tiempo para querer lo que antes quiso ni amar lo que le va naciendo entre los muros... Si el tiempo que se fué no vuelve, si la adolescencia se nos murió cantando, loados seamos si podemos detenernos ante estos recuerdos del colegio, con su amplio patio bajo el cielo, con su casona solariega derrotada por la piqueta del olvido... ¡Loados los recuerdos que pueden rescatar del humo y la ceniza, la íntima memoria de los maestros de levita recta, que trajeron hasta nosotros, antes que la lección admonitoria, la predicación de su vida apostólica, la severidad de los varones bíblicos!... ¡Mi generación os saluda y os respeta, jóvenes señores del pasado, antiguos muchachos del viejo Colegio Nacional!...

## S U I N F A N C I A

Esta que traigo al corazón de la tarde, al retablo de las cosas que se fueron, es la figura de Mariano Moreno, ciudadano de la Patria... Venid y entrad conmigo a buscarlo, lentamente, en el crepúsculo del siglo XVIII. Esta región del Plata es todavía Eldorado de la fantasía aventurera, la meta del navegante perdido en la rosa de los vientos, la ruta fenicia del corsario que busca en la tierra prometida el tesoro que ha de brotar como río de oro en sus entrañas...

La Santa María del Buen Ayre ha perdido ya un poco ante los ojos prójimos esa desnudez otrora codiciada, ese aire de doncella de juventud fragante cuyo amor pretende el hombre, acuciado por el instinto de la posesión inminente... En la ciudad florecen las macetas junto a las rejas... Se encienden los primeros faroles y se apagan las últimas guitarras... España es todavía...

En medio de la aldea, la posteridad ha detenido su paso trashumante. La casa es de adobe y se pierde, sin importancia, en la geografía de la ciudad... Pero sobre sus desnudos muros, el hogar está agraciado por los manes de la epopeya. Es el 23 de setiembre de 1778. La musa de la historia franquea la puerta de Manuel Moreno Argumosa, tranquilo contador y buen esposo. Desde entonces, el hogar burgués será la casa del destino. Un ángel de fecundidad vela el insomnio de los moradores. Y al primogénito Mariano suceden trece alumbramientos. Arde la lumbre de la fogata familiar que cela las noches del invierno. Manuel viene detrás... Después la vida juntará sus destinos hasta el canto de la muerte.

Tranquila —como el discurso de una acequia— viene diciendo su preñez de aurora la infancia... Mariano es un niño tranquilo, de juicio medido y reposado, de maneras que trascienden la paradoja de una madurez imposible. No interviene su donaire reflexivo en la riña trivial, ni anda como los contemporáneos terribles, armado de la honda homicida de pájaros, escondiendo en las manos su catapulta de piedras... Su infancia es modesta, casi recoleta. Su silencio acaso presente las cábalas del porvenir.

Los padres —magüer la prole categórica— no desfallecen en darles educación. Mariano ingresa en el Colegio de San Carlos, flor y nata de la plutocracia colonial. Empieza en esos claustros a clarear la adolescencia. A crecer en la cara, la condecoración del bozo. A cantar su alegoría de primera juventud el corazón...

Juanzarás y Chorroarín, rectores de enérgica rejecutoria, enfrentan al Moreno adolescente con la compañía filosófica de Descartes, la plática helénica de Aristóteles, el solaz de la amistad del mundo físico en la grandeza elemental de Newton. El principio de las cosas, su fin perecedero y todo lo que queda entre medio del hombre y su misterio. Tiene el joven los ojos recién amanecidos. Los labios colmados como un cántaro de preguntas... Su alborozo colegial ante la vida y la muerte crece a medida que el camino le da claves y respuestas, que apenas si soslayan la profundidad del interrogante.

Y en medio de ese proceso formativo de la intimidad, un ministro de Dios, Fray Felipe Tomás de Iriarte, descubre en el preámbulo del varón futuro, virtudes inéditas. Asistiendo circunstancialmente a una clase, le basta una impresión fugaz como un relámpago, para entrever en el intervalo de su luz, la vida que espera, la futura estatua...

Siempre en la vida de los triunfadores existen estas figuras menores, perdidas en la anécdota de los hechos prominentes, olvidados como una hoja seca entre las páginas de un libro. La historia se pierde sacrificando la miscelánea, y la

figura menor se ahoga en la relevancia de su valor providencial, sin el cual el protagonista quizá no hubiera podido entrar en escena, o el hecho grande no ocurrir jamás... Iriarte incide en la continuación de sus estudios... El rumbo del héroe está escrito en la arena del tiempo, y orientado, como la suerte del perdido navegante, por la Cruz del Sur...

Y enfilando hacia los días que vendrán, con la proa puesta al alba del porvenir, leva un día desde los muelles de la ambición, desde el puerto de la buena esperanza. Levanta su tienda nómada de peregrino. Recoge su pequeño bagaje de hombre pobre, su atadito desnudo de inmigrante. Da sus últimos besos. Tiende los brazos. A la vera de sus recuerdos quedan los padres esperando. Hay adioses sin lágrimas. Despedidas con cargo de retorno... Es la vida que sigue su marcha, llevada a merced del destino. Como queda una columna de humo, librada al albedrío del viento...

## S U J U V E N T U D

Es por entonces el año del Señor de 1800. Diez años más allá está la Patria. Pero Moreno va a Chuquisaca consignado a Dios, a postular teológicamente la consagración de la tonsura.

En la ciudad del Valle, la Universidad recibe al forastero con énfasis hospitalario, con talante fraternal de bienvenida. Y el latín, la filosofía, el estudio teólogo van perdiendo su muerte de anaquel. El visitante va rasgando uno a uno los velos del arcano. Mientras tanto, la pobreza llama con sus nudillos de apremio sobre la puerta del joven estudiante. Pero tiene a su lado la confraternidad polvorienta de los clásicos. No alcanza el ámbito de la hurañía, pero es un hombre de soledad. Retraído en su mística, aquél apremio no le acosa. No muerde la necesidad en su carne. En la miseria, mantiene la enhiesta vertical del hombre, el contraste de la raída dignidad. Su preocupación por el estudio sobrepone las ausencias de la farándula o el dispendio de la bacanal.

Pero su salud, no obstante la frugalidad de la existencia ascética, empieza a ser precaria. El achaque es pasajero, no deja huella aparente, no trasciende en síntomas definitivos. Pero es la primera advertencia a la fatiga, el espaldarazo del dolor, la inauguración del "vía crucis"...

Es el año 1802. Ya la carrera de leyes toca a su fin. Completa la práctica forense en Charcas. Dos años más transcurren para que el licenciado una su destino a María Guadalupe Cuenca. Es después 1805. La nostalgia de su tierra del llano, la voz de los jóvenes recuerdos que quedaron detrás de su esperanza, la voz de los recuerdos viejos de los padres que cobrarán con su vuelta su deuda de suspiros y de lágrimas, todo eso le hace levantar otra vez su magro equipaje, camino del paisaje natal.

Por entonces, la situación de Europa repercute como la réplica de un sismo sobre la vida de la aldea. Se diría que la tierra empieza a moverse con un mensaje telúrico, como si en su entraña se estuviera gestando en silencio la epopeya.

## EL HOMBRE Y LA GESTA

Pese al panorama, Moreno se mantiene en una voluntaria penumbra. No es un indiferente, pero puede ser un abstraído. Es la esfinge cómplice que parece más allá de la vida y de la muerte, que parece sorda y ciega, pero que solamente espera la hora de su destino. Como su hora no ha llegado, es seguro que el ciudadano la espere desde adentro de su ciudad de silencio, mirando pasar la vida desde sus muros de cristal.

Ya todo se columbra como cerca de la tierra prometida, como frente a los muros de la Jerusalén inminente. Hay atmósfera de pólvora en el aire paisano. Y en medio del presagio de sangre, se está viviendo una especie de guerra fría, de enfermedad de la tensión. La voz de Saavedra dobla a prudencia, cuando dice con su tono patricio, que ahoga impaciencias y reprime apuros: "Aún no es tiempo"... Mientras tanto, la debilidad de Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, cavila y



trepida. Mientras tarda en urdir el subterfugio, en avizorar la salida del callejón, se escurre, huidizo, en las manos temblorosas y descalificadas, el bastón de mando...

La incógnita supervive. Y seguimos frente a la paradoja. Mientras los trescientos hombres juegan en los cabildos a cara o cruz su destino, Moreno sólo asiste al primero, en silencio, como si fuera foráneo a toda esperanza... Es todavía hombre de trastienda, personaje de voluntario retiro, como si sólo viviera dentro del solar de sus pensamientos, con una aparente apatía para todo lo que lo circunda... Cuenta la crónica que se mantuvo en la emergencia, callado como un secreto. El hombre de la soledad quizá ha definido el silencio por lo poco que valen las palabras. Y deja a los demás desangrarse en el diálogo inútil, en el desmán oratorio, en el desvarío inoperante. No pesa su presencia sobre el terciopelo. Cuando el Congresal Aguirre da su nombre para integrar la Junta al lado del Procurador Leiva, el extraño personaje parece sacudirse en su asombro, como si su papel de olvidado miembro de número resistiera en la epidermis que se lo hubiera apercebido. Sólo rompe su voto de aislamiento, acercándose con aire de confidencia al oído de Vicente López para dejarle este mensaje del presentimiento: "Ahora le digo a usted que estamos traicionados"...

Los hechos confirman la predicción del aserto: el escrutinio, de trámite tortuoso, arroja una expresión de voluntad distinta a la consagrada por la mayoría.

Pero tres días después, el pueblo convocado por su cuenta, ha hecho de la calle una trinchera. Ese día Moreno no asiste al Cabildo. No ha estado de espaldas a la epopeya, pero le ha dado el flanco. Manuel corre hasta la casa amiga donde a la sazón se encuentra. Le lleva la noticia de su promoción ilustre, junto a su abrazo de antiguo hermano y reciente compatriota...

Moreno es un hombre de combate. No le intimida la vastedad del panorama. El mandato tiene una ejecutoria irrenunciable. Lo que para el esclavo de la vanidad suele resultar

oropel de cargo con rango y sin trabajo, es para el fuerte, faena de milicia sin renunciós.

La hora ha llegado, debajo de las plegarias. En sus manos cabe ya la dimensión de la Patria. Es el momento de la simiente, el mediodía. Sobre ella es necesario saber morir de pie, como un romano, pegado al corazón de la gleba. Y de la simiente vendrá el árbol que no verán los ojos, pero previendo su sombra ancha bajo el cielo.

El adalid confía a su fraterno Manuel en la intimidad: *“Conozco los peligros que tendrá que vencer un magistrado para gobernar los negocios en tiempos tan expuestos. La variación presente no debe limitarse a suplantar los funcionarios públicos e imitar su corrupción e indolencia”*.

Ya el estadista ha columbrado, desde el atalaya de sus convicciones, el paisaje de la Patria. Y continúa en la hermandad de la plática, afirmando: *“Es necesario destruir los abusos de la administración, desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido, promover el remedio de los males que afligen el Estado. Excitar y dirigir el espíritu público. Educar al pueblo. Destruir sus enemigos y dar una nueva vida a las provincias”*.

He aquí lo que el miraje aquilino, con la dimensión de la perspectiva de las cosas vistas desde arriba, suplantando el atávico romanticismo por la necesidad de ser realista, puede otear en la maraña. Y prosigue, convocando a la necesidad de la prisa sin pausa, a la consagración sin desfallecimientos, al sacrificio sin retaceos, por medio de estos conceptos: *“Si el gobierno huye al trabajo, si sigue las huellas de sus predecesores conservando alianza con la corrupción y el desorden, hace traición a las justas esperanzas del pueblo y llega a ser indigno de los altos deberes que se le han encomendado. Es preciso pues emprender un nuevo camino”*.

Y certero sobre el presagio del derrotismo ulterior, seguro de la naturaleza tornadiza del alma humana, descuenta la presencia del prójimo y su lastre de escepticismo, aseverando más adelante: *Después que la nueva autoridad haya escapado a los*

*ataques a que se verá expuesta por la sola calidad de ser nueva, tendrá que sufrir las pasiones e intereses e inconstancia de los mismos que ahora fomentan la reforma*".

Su predicción parece escrita con la agorería de un augur de la antigüedad. Mucho ha visto correr el Doctor Mariano Moreno en el turbión del corazón conciudadano, como para que tenga la ingenuidad de creer en el canto de sirena de todas las utopías. Su juventud, templada en la experiencia, descuenta que el fantasma de la ingratitud o el flagelo de la deserción harán su oscuro sabotage, su política de intromisión negativa en el curso de las ideas puras. Por eso agrega, sentencioso, como si, pudiera anticiparse, sin saberlo, al futuro destino: "*Un hombre justo que esté al frente del gobierno, será tal vez la víctima de la ignorancia y de la emulación*".

Ninguna ciencia del presagio le está vedada a su intuición. A la libertad que nace, la esperan embozados en la cómplice oscuridad de la noche, la traición que espía en el recodo de las sórdidas callejuelas, los sicarios del desaliento y del derrotismo, los ángeles fracasados del desencanto, la incompreensión que alzaré sus puños iracundos... Ya ve el humo de la pira en que se queman las ilusiones. La hoguera del odio, filicida de esperanzas...

El nuevo Secretario tiene por entonces ocho años de actuación pública. El itinerario es demasiado breve como para presentir la madurez que aveza, el estacionamiento que aclimata, la desenvoltura que consustancia la función y el hombre. El otrora estudiante de recato mongil tiene la veteranía que nace de la contemplación cavilosa. El hombre inédito para el gobierno, pasa a ser elemento de mando, órgano del Estado, intérprete directo de una voluntad superior a su determinismo.

Está acostumbrado a vivir. No ha enfrentado su combate, pero tiene de soslayo, su filcsofía en el corazón, mirada desde el fondo de un gran silencio.

Moreno empieza a ser el pensamiento romántico de Mayo. Funde, golpea, aniquila, como el martillo que saca del yunque el milagro de la chispa. Nadie mejor que su bizarra juventud

conoce la nomenclatura del sueño ciudadano que llevó hasta la rebelión.

A esa insurrección sin sangre —más cerca de la mística que de la epopeya— hay que darle un contenido, aunque para ello sea menester el sacrificio de una vida, o sea necesario ahogar con mano firme, el grito perjuro en la garganta, o vengar con seria reprimenda la rebelión del desacato. Enemigo de la grandilocuencia, detractor de todo ademán que lleva el énfasis de la demagogia, no se desmelenan como un revolucionario francés en las tribunas, ni asume la actitud prócer de un predicador profesional de la nueva Patria. Precursor de la prensa como plataforma de opinión, funda “LA GACETA” el 2 de junio de 1810. Allí nace el periodista de estilo ágil, personal, que alterna con la habilidad la noticia intrascendente, la acotación marginal, con el editorial de densidad filosófica.

Proclama la libertad de escribir, propugna los derechos del ciudadano. Con su estilo directo y batallador, el escritor cabal que hay en Moreno, consigna allí: *“Los pueblos yacerán en el embutecimiento más vergonzoso si no se da una absoluta libertad y franquicia para hablar. Seamos un poco menos partidarios de nuestras envejecidas opiniones. Tengamos menos amor propio”*.

Ora es la prosa guerrera, abriéndose paso a golpes de martillo en la polémica. Ora es la serenidad del tribuno que envaina sus armas para la faena civil, como si ostentar su agudeza fuera en desmedro de la cordialidad...

Lector de Rosseau, publicista de su Contrato Social, se declara enemigo de lo tradicional, imbuido de las corrientes de las nuevas ideas, y fiel a la superstición de su mensaje, ofrece el peligro de estar cincuenta años adelante. Ya le apuntan los arcos tensos que luego impulsarán la arteria sutil de sus flechas. Como si la consigna del espíritu reaccionario fuera el santo y seña de “Cuidado con el progreso”, “Muera la libertad”.

Pero su temperamento es ahora bélico al frote de las pasiones, y el corazón es más fuerte quemado por los fogonazos del combate. Detrás quedó la mocedad eglógica, la paz del adolescente de Virgilio...

Conduce su idea como quien lleva una estrella. Y sobre ella, la noche de la barbarie le echará sus mastines. Pero en su custodia rehusa la guardia personal. Le repele recurrir a más compañía que su valor viril. Prefiere moverse en la ciudad sin más amistad que dos pistolas que la previsión ha puesto, de rondón, bajo el gabán... No conoce la prudente cláusula de la precaución. Ignora el rostro del temor. Tiene el valor del hombre de vanguardia y la imprudencia expone su vida con la misma olímpica desaprensión de los hombres que pueden morir a cualquier hora, seguros de estar en paz con Dios, en gracia de su póstuma absolución...

## PRINCIPIO DEL FIN

Trabaja más de quince horas diarias. Se diría que por mirar hacia adelante, no existe en su vida la pausa que permita la felicidad de mirar hacia atrás. Pero mientras el hombre va edificando el predio enamorado, la diatriba empieza su rumor en la calle. La entelequia del descontento empieza a ser de carne y hueso. El siniestro culatazo del arcabuz ha frustrado la vida de Liniers, de Juan Gutiérrez de la Concha, del oficial real Joaquín Moreno, del Coronel Allende. La contrarrevolución está haciendo el hueco en la mano para poner la lanza.

Pero el hombre que no tiene en su trabajo más límite que la aurora, no es un esclavo de la tiranía de su conciencia. Y explica a su hermano el alcance del reciente holocausto: *Todo sacrificio es pequeño cuando ha de resultar en provecho de la Patria*". Piensa acaso que el hombre es un aledaño de la comunidad. Y prosigue: *"Ahora conocerán prácticamente que el gobierno no los engañaba cuando les proponía las ventajas de la unión y aprenderán a su costa que nadie ofende impunemente los derechos de la comunidad"*. La inversa está operada: La orden escrita con tinta se ha cumplida con sangre. Bajo el signo aciago de Cabeza de Tigre —para algunos— la noche del terrorismo ha caído sobre la paz de la aldea. Y una segunda revolución francesa presiente otra noche de San Bartolomé, otro río de sangre morena brotando en las heridas...

Moreno y los suyos saben que esa no puede ser su plataforma, que el terror intimida pero no conquista, que el prestigio de la idea no ha edificado jamás su arco de triunfo cruzado por bayonetas.

Entretanto, la juventud le apoya. El romántico que cumple sus sueños jamás ha fluctuado en sus opiniones. Es valiente y sincero. Su corazón viril de enemigo franco se prefiere a los amigos dudosos, a los eternos usufructuarios de la penumbra. Pero lo cierto es que en el fondo de su ironía volteriana frente a la vida y sus contrastes, Moreno es un derrotado.

Mucho se ha desgastado en casi siete meses de actividad. Es la suya una naturaleza pasional, un temperamento emotivo y desbordante. Entretanto, el repudio de la contrarrevolución está en la calle, mentado en el corrillo, deslizado al oído con disimulo. En el fondo de cada uno hay el germen de un adversario. Sobre Buenos Aires, el café y la recova tienen ya el color del motín sordo. Hay ambiente de blasfemia mal reprimida, talante de insulto ahogado en la prudencia, necesidad de silencio maledicente, mascullante como una imprecación a medias. Los actos del joven Secretario han caído más mal que bien en cierto sector de población.

La interpretación tortuosa de su sentido de la represión, las medidas drásticas que llegan hasta la inmolación de Cabeza de Tigre, la falta de unidad de pensamiento con don Cornelio de Saavedra, todo ha influido para que la noche empiece a hacerse sobre su vida pública.

A ella le ha dado en holocausto sus aciertos de estadista y sus errores de hombre. Ha tenido a veces el arranque extemporáneo, porque su alma latina no conoció la fina meditación del cálculo. Su espontaneidad desbordada se empezó a llamar en el léxico de la gente gobierno fuerte, autoridad que se desmanda, procedimientos equívocos.

El hombre comprende que el comienzo de su toque ha llegado. No se enceguece por ello en la derrota. No usa la función un día más allá del que comprende que toda perpetuación caprichosa es perjudicial para el interés de la Patria.

## RE OCASO

Sufre como el más fuerte. No conoce la voz de la resignación. Con tristeza, pero sin miedo, como verá llegar la muerte, al arribar del interior los primeros diputados, Moreno eleva su renuncia.

En la morada del justo golpean los ujieres del infortunio. Lo acompañan un puñado de amigos de siempre. Al lado del vencido están sólo los que saben que más allá del "transit gloria mundis", queda la vida de la amistad, la aristocracia de la gratitud.

La ignorancia vió en él a la semblanza de un jacobino francés, un capitalista del terror, un sectario fanático, que pasa por el orbe como un ramalazo ciego. Los ojos huecos de su tiempo le miraron como un peligro de vanguardia. Y tuvo el abolengo que dan, sin querer, los enemigos.

La invulnerabilidad del Aquiles puede volver con su conciencia al rescoldo del hogar. Allí están otra vez, como todas las veces, como siempre estuvieron, la mano que restaña con amor las heridas, la sonrisa infantil que borra en su milagro la traición de una lágrima.

Y en su pequeña ciudad de la ternura, el hombre vive un tiempo más, foso por medio con la realidad de la vida. Adentro esperan, otra vez, como antes, los viejos recuerdos y los besos nuevos. Se encierra junto a ellos en hermético retraimiento. El volcán tiene ahora mansedumbre de colina. Y vuelven los días de la ciudad del Valle, al solaz de los suyos, a la plática absorta de los libros camaradas de vigiliás, a la paz de los sueños de anaquel.

Pero recrudece de súbito, como en medio del campo enciende su agorería de muerte la luz del fuego fatuo, el aviso de Chuquisaca. Su salud no tiene la reserva de la hora feliz, ni el deseo de vivir suple el corazón derruido. No se doblega el alma del luchador romántico, capaz de arremeter todavía contra los molinos de viento, pero en el cuerpo se va desmoronando el triunfo de la vertical clásica.

## LA MUERTE

El Gobierno lo busca en su castillo final de reposo. Le propone implícitamente el honor de la representación ante la Corte de la Gran Bretaña, a cambio de su tácito exilio.

A fines de enero de 1811, se embarca en la fragata "*La Fama*", camino del alto destierro. A su lado, —cancerberos de la soledad— velan como dos hachones Tomás Guido y Manuel.

Monótono es el viaje. Árido el sendero trágico del agua. Ante sus ojos no hay más que cielo y en su corazón nada más que nostalgia. Para que el tiempo muera, va traduciendo el "Viaje del joven Anacarsis en Grecia", del Abate Barthelemy.

La Patria se va alejando, encendida como una hoguera que se ve desde la distancia. Cada día que pasa, el barco parece la negación de la esperanza, como si enfilara su proa a los peñascos, a cumplir su suicidio de mar, su martirologio naveganté. El corazón emigrado está herido por el rayo. Una dosis excesiva de antimonio tartarizado precipita el fin del otro viaje. Y el 4 de marzo de 1811 se cumple su estrella, sin alcanzar la ribera, como si el rumbo de la tragedia estuviera fijado en la bitácora.

Desde las almenas de ese gran castillo final de reposo que es la muerte, no pudo ver su ciudad concluída. Ni puede morir con los brazos en cruz sobre su tierra, ni Belgrano ha mirado todavía al cielo para envolverlo en su bandera...

Señoras y Señores:

No cabe en las fronteras de la semblanza la figura del hombre. El personaje desborda la limitación de la síntesis. Porque más que una biografía individual, su vida es la vida del primer sueño de la Patria.

Si Mayo no le debe su sentido épico, la Revolución le debe su filosofía de la libertad, su primer sentido de derecho de pueblo, su primer plataforma de continuidad en la historia.



Porque fué a su manera, un dogmático de la rebeldía. Ella encarna la primera edad del pensamiento argentino. El comienzo de su autoctonía. La primera evolución hacia lo típico. La afirmación de su condición nativa, expurgada de la intromisión foránea. El hombre que en medio de sus paradojas y de sus contrastes, marca para la criolledad la primera formación telúrica, que es nacimiento desde la tierra, desde el fondo de la entraña que palpita por sí misma.

Fué la imagen y la semejanza del precursor. La voz que inaugura. La mano que rasga la virginidad del descubrimiento. La primera cruz que prosternado ante la gracia de Dios, clava en el corazón de la tierra el fundador de la heredad...

Bien estará su estatua en medio de la pampa, en el ámbito de la soledad que tanto amó, pegado al corazón de la trilla que adolesce sus espigas bajo el sol...

E iluminando sus ojos ciegos, bien estará poner cerca de su corazón de mármol, estas palabras, severas como su vida de varón de Plutarco: "*Vale más merecer la victoria que alcanzarla*"...

Imprenta Moreno  
56 y 21 - La Plata